

Fleur Jaeggy

EL ÁNGEL DE LA GUARDA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

FLEUR JAEGGY
EL ÁNGEL DE LA GUARDA

Traducción de Mariano Solivellas

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *L'angelo custode*

1.^a edición en colección Cuadernos Ínfimos: 1974

1.^a edición en colección Andanzas: enero de 2010

1.^a edición en colección Andanzas, en esta presentación: julio de 2025

© 1971 by Adelphi Edizioni S.p.A., Milano

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

Traducción de Mariano Solivellas

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-648-7

Depósito legal: B. 10.583-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

I

¿Qué es un hombre loco?.....	23
El hombre metódico.....	33

II

Una mujer con temperamento	53
El inquilino de la casa de al lado	61

III

El turista	83
La rabia contra el ángel de la guarda	89

Jane y Rachel conversaban: Otro juego de paciencia.

JANE: Usted, Botvid.

BOTVID: Deberíais llevar una vida más sana, caminar al aire libre. Me gustaría veros pasear por los alrededores, en plena naturaleza. Cansaos en la naturaleza. O bien tratad de buscar otros objetivos en vez de entregaros a largas conversaciones. Pero haced algo. Por desgracia, mis lecciones van a la par con aquello de lo que tanto habláis. No tengo otra cosa que enseñaros. También yo me siento atraído por esos temas fundamentales, ya sabréis que os escucho con frecuencia. Y si vuestro maestro os escucha, ¿cómo podréis hacer caso de mis consejos? Sé que debo velar por una de las dos, pero aún no sé por cuál. Soy vuestro tutor, y a pesar de encontrar razonable vuestro modo de

vivir, no puedo dejar de insistir en rogaros que salgáis y que por lo menos contestéis al teléfono. Por otra parte, sois tan conscientes de vuestros deberes hacia mí. No lo creeréis, pero de vez en cuando, por la noche, me despierto sobresaltado pensando en vosotras. Sois tan autónomas y con un cerebro tan prematuramente mecánico. Os enseño una fórmula cualquiera y enseguida la veo establecida en vuestras mentes. Pero lo que realmente me produce asombro es la falta del más mínimo interés por todo lo que se encuentra fuera de vuestras conversaciones. Me gustaría escribir una carta a vuestros padres con estas ideas, pero ya no pertenecen a este mundo. Qué enorme responsabilidad he contraído. Los pasatiempos, aun los más inocuos, llevan con toda seguridad a cometer insensateces. Esto lo digo, pero en realidad no lo creo. Quizás sea solo el deseo de ver crecer a dos niñas a partir de un modelo cualquiera, sano, práctico. Y mi responsabilidad sería menor. Tanto Rachel como Jane me tratan como a un sirviente, en eso no les falta sentido común. En realidad estoy constantemente en vela. De lo que no carecen es de belleza. A causa de la pedagogía y el amor no cese de mirarlas. Puesto que ellas son mi único deber.

JANE: Nuestras habitaciones: una gran cortina divide mi zona de la de Rachel. Las dos tenemos un espejo ovalado idéntico, que refleja las mismas cosas, una hilera de miniaturas en la pared, otra hilera de dibujos, con repisas de *pitch-pine*, después un espacio de pared floreado, y debajo el respaldo y los dos brazos de un sillón desfondado. Si me levanto de puntillas veo a Rachel sentada en el sillón que se hunde, y me siento en el otro sillón, Rachel se levanta, hasta que el espejo refleje tan solo su figura. Debería tapar o emparedar el espejo. Es insoportable cuando alguien se entromete incluso en el propio espejo.

JANE: Cierra la ventana, querida, hay corriente. El tiempo está empeorando. Es agradable ver el inicio de un temporal. Ahora Ursi ya no vendrá a buscarnos. ¿No encuentras que recibimos pocas, poquísimas visitas?

RACHEL: Puedes decir que no recibimos absolutamente a nadie. Ursi dentro de poco dejará de venir. Se ha dado cuenta de que soportamos de mala gana su presencia. Por otra parte, hace tiempo que ya solo nos atendemos a nosotras mismas. Y bien que nos va.

JANE: Pero también me gustaría hablar de los demás. Te describiré a Ursi y así la liquidamos de una vez, la última visita:

«El rostro de la pelirroja estaba hecho de líneas aplastadas salvo los ojos basedowianos, la nariz inexistente, con dos agujeros anchos y grasientos,

y la boca, aunque parezca extraño, era la imagen de una boca rojo cereza, pequeña y obviamente voraz; debajo una mandíbula redondeada, con una ligera pelusa oxidada, un cuello largo, la espalda ancha, los brazos cortos, las manos: esto, las manos eran en verdad bastas, los dedos parecían prematuramente cortados, burdos, anchos y sólidos, manos de asesino, para emplear una frase hecha. Y quizás de idiota también. No es que un asesino sea idiota, por favor, pero se dice que los que cometen delitos sexuales, en el campo, y que son un poco idiotas tienen manos extremadamente bastas. El cuerpo era una caja ancha, sólida, con dos músculos delante, y en medio de la barriga un ombligo mal cortado, el nudo le quedaba hacia fuera y parecía una doble nariz, sin embargo, tenía dos piececillos preciosísimos, delicados, cándidos. Yo le habría agarrado los piececitos con unas tenazas y habría mordido aquellos deditos gordinflones, el meñique también, un tanto deforme por los zapatos estrechos. ¡Ah!, aquel bultito del meñique no era un callo, le había crecido de la molla, se trataba solamente de una protuberancia que hacía que el dedo pequeño del pie pareciese una pelotita de carne, una cebolla pegada casi por *charme*.

»Ursi se cortó un ribete de grasa que permanecía por sí solo en pie».

RACHEL: Tengo la impresión de que han llamado.

JANE: Sí, pero nosotras no lo oímos.